

---

# Omeros

## Libro segundo

DEREK WALCOTT

Traducción de José Luis Rivas



### CAPÍTULO XIV

#### I

El guardia marina se bamboleaba en la carroza, intentando leer.  
Sabía que la vía para robustecer el carácter  
pasaba por el lenguaje y la observación: el camino holandés

listado por las sombras largas de los álamos a última hora  
de la tarde, el peso del hombre en su carroza, un rayo de sol  
cambiando de costado sobre el cojín, el anzuelo de un chapitel

tentando un bajo cardumen de nubes como a plateados sargos  
avanzando en dirección suya; la luz dorando el lomo de su libro,  
el rancio olor de los canales untado al granjero de tupidos cabellos rojos

que miraba con ceño y basculaba como una linterna sobre el asiento  
de enfrente con el tufo a ciénaga de un embalsamador,  
una alambrada cesta con blancos pollos correteando entre sus pies,

sus botas explayadas como dos chalanas cruzando  
las soledades de Flandes al ocaso. Los holandeses estaban  
recaudando una fortuna en las Antillas del norte, y él se preguntaba

si el granjero lo sabía, mientras la noche rodeaba  
su flamante nariz flamenca. El almirante Hodney  
había demandado el mejor guardia marina posible,

quien debía reunir una sola cosa: una buena memoria,  
de modo que se le ordenó presentarse en La Haya,  
no sin los rodeos propios de toda esa gente,

cuanto mayor era su autoridad tanto más vagas las órdenes.  
Se recostó en la carroza, revistando el crepúsculo dispuesto  
en fila con álamos que se oscurecían, mientras

el ceñudo granjero lo miraba. En un baúl sobre la imperial,  
bien sujeto, con hebillas de cobre destellante, iba su uniforme  
azul envolviendo una espada. Volvió la vista hacia el rostro del granjero.

Le había contado las bayas que su nariz juntaba en un racimo,  
anotando los almiares de las cejas, la mirada de atascado canal  
de su reflejo, los profundos surcos de la frente,

el ocio vacuno con que giraba los ojos estupidizados  
por las distancias. Balanceándose sobre una de sus rodillas,  
gorgoteaba una jarra de color ocre. Bebió de ella el granjero,

luego metió el corcho con la palma de su mano, que era del tamaño  
de un pernil, sólo para deslizarlo de nuevo con el pulgar,  
con tan fuerte rechino que parecía sorprenderse a cada milla.

El gorgoteante globo del estómago enfurecía al propietario rural,  
que evitaba cada ofrecimiento con una sonrisa dura  
para con ese bulto, obeso e inflado como su Imperio.

Si no hubiese estado allí por la guerra, habría amado aquel lugar,  
pese al esquelético traqueteo de sus alígeros molinos de viento,  
por sus granjas de techos de color naranja agazapados entre los álamos,

ruedas con azudes de cristal, el ganado cremoso con pintas de negros mapas  
pastando sus alargadas sombras. Los campos eran prósperos  
y hablaban engañosamente de paz. Desde ellos, fuego horizontal

encendió una nube gigantesca, luego las cambiantes torres  
fueron cruzadas por aciagas cornejas, y una aguja al ser rozada  
se contrajo en el campo, mientras el ocaso abría sus primeras flores.

Bajo un sol chupado, como una pastilla de limón  
sobre un plato azul de porcelana de Delft, contó las negras cruces  
de los buques mercantes, los chapiteles y las inmensas nubes

sobre el puerto evacuado como a causa de una plaga.  
El granjero gruñó, no dirigiéndose a él, sino a los pollos  
de entre sus enormes botas, y orgulloso dijo en holandés: "La Haya".

Espía enviado a los Países Bajos, con la misión de observar  
en ciertos puertos el tonelaje, el destino y el volumen  
de los buques mercantes holandeses, las armas que enviaban de reserva

a las colonias de América vía St. Eustatius,  
una isla plagada de contrabando; debía embarcarse con destino a Plymouth  
para prestar sus servicios a Rodney. Una luna parecida a un florín

le puso de relieve al criado que bajó su cofre de bordo  
en los muelles a oscuras. Saludó con su sombrero al criado  
y le dio una moneda. Era un joven oficial

observador y minucioso con una estimable carrera  
por delante, aunque un poco novato  
su nombre era Plunkett, su navío *The Marlborough*.

## II

La pólvora y las municiones se embarcaban hacia St. Eustatius desde estos inofensivos puertos de luna, en refuerzo de la ayuda francesa a las colonias; con pasos lentos,

el cofre de bordo escondido, paseó por la orilla del puerto mirando con asombro el claro de la luna, su resplandor era como leche vertida desde nubes de peltre negro. Brillaba con tanta fuerza

que podía leer la palma de su mano lo mismo que, desde esa distancia, los contraídos nombres de bronce de los bajeles bajo las proas, Los memorizó, cerrando los ojos, reimprimiendo las siluetas

como un aguafuerte. Esos buques mercantes vendían armas no sólo a los agentes norteamericanos, sino también a los mercantes ingleses, quienes vendían a sus propios compatriotas

sacando así provecho del conflicto. La información sería usada por el Almirante en su patria para infligir una venganza en gran escala no sólo a las islas holandesas, sino también a la isla

de la Martinica, bastión francés, con su protectora bahía donde podía pasar revista toda la flota francesa. Por algún motivo, bajo las nubes gigantescas,

le vino a la memoria el gallinero entre los pies del granjero, con los pollos mansos camino del matadero, resignados a su destino.

Su bifurcada sombra lo remedaba, garrapateando su propio informe, cuando un grito de la Guardia Nocturna lo congeló. Ambos se escondieron entre los enormes barriles de pólvora alineados en el puerto,

mientras la asustada luna, como una liebre perseguida, se escurría entre los mástiles a palo seco, deshojados como los cerros de invierno, encrestados de nieve por una polvorienta nube. La liebre se quedó quieta

con las patas flojas, las orejas puntiaguadas, el hocico tembloroso girando como una brújula hasta que encontró el negro bosque bajo cuyo cordaje la Guardia Nocturna crujía como cazadores

trepando, con fusiles al hombro, en dirección suya. El rostro leporino de la espantada luna, mientras exploraban con las linternas y los mosquetes listos, hizo que su pulso repitiera como un eco

el del corazón de la liebre que una vez había cazado en los montes, sofocando su propio latido con la pata. Una nube puso una gorra a su rostro asustado y al de la luna. La liebre se escabulló hacia dentro

de la nube con su blanco copete. El guardia marina siguió escondido  
detrás de una barrica de vino, una enorme damajuana,  
y se movió como la renga liebre de regreso a su madriguera,

dejando gotas sobre la nieve, el corazón como una linterna  
que los cazadores podrían ver, o gotas de vino que enrojecían  
un tapete de nieve, hasta donde se ocultaba su espada.

Sus informes servían. Después de la derrota holandesa  
en la isla que está frente a la Martinica, se preparaba  
un gran reducto. Rodney construía un fuerte.

### III

Los esclavos observaban a los Redcoats corriendo entre los árboles,  
dispersándose como flores cuando el flamboyán  
hacía sonar como una matraca sus colgantes cananas en la brisa

mientras los cumulonimbos se encendían sin necesidad de artillero.  
Las batallas eran naturales como las tormentas; no necesitaban un porqué.  
Un enemigo común enlazaba al cautivo con el captor.

Aplaudían mientras los soldados subían gateando a los reductos,  
manos ardientes anhelaban lanzas en ese rapto  
de los hombres antes de la guerra, hasta que una fusilería de gritos

se desataba desde los apopléticos ingenieros tostados por el sol.  
Volvieron a su tarea de arrastrar el cañón  
que colgaba a mitad del acantilado, sobre el blanco ruido

de la randa del mar. Estaba amarrado como un cadáver  
para un entierro marítimo, con una diferencia:  
que el cuerpo amarrado con cuerdas se alzaba del agua

en férrea resurrección, chirriando a cada pulgada,  
desde la oxidada estacha, balanceándose con peligro,  
mientras dos esclavos impedían que el manubrio de la cabria

vibrara y girara hacia atrás y otros observaban las cuerdas luidas  
que humeaban por la tensión. Si un solo nudo se desbaratara,  
el cañón golpearía el acantilado y su peso rompería el equilibrio

y la tensión sobre sus hombros resultaría excesiva;  
el peso al aumentar haría que el cañón viajara en línea recta  
a la mar, arrastrando consigo esclavos y soldados.

Había miedo y orgullo en su labor ahora  
y el antepasado de Aquiles maldijo sus hombros trabajados por el dolor,  
inclinando el cuerpo como una palanca, trabando las mandíbulas

como la manivela de la rueda hasta que las sienas le dolían,  
pero transmitió las órdenes del ingeniero: “¡Más! ¡Más!”  
y sintió el pequeño alud de lodo suelto

bajo sus suelas. Los gritos de las negras hormigas guerreras  
pasaban en cadena en tanto levantaban el trozo de hierro  
hacia la cresta de los árboles, de modo que cambió el responsorio

por una canción de faena que conocían, tirando de una larga piragua  
desde el río, y entre redobles, las órdenes  
variaban con voz queda, después los gemidos entre los compases,

y, por encima del dolor, las cuerdas serraban sus manos  
hasta que sangraban sobre el cáñamo, y el cañón subía  
y subía, hasta que su boca tocó la primera rama,

como una iguana trepando, internándose en los árboles.  
Y las manos crecieron como ramas: esclavos, ingenieros,  
se abrazaban unos a otros, por separado, llorando.

Saltaron en el aire, tamborilearon con talones de trazo borroso,  
largaron y chasquearon los cabos, y las cuerdas de la guindaleza  
culebrearon por el precipicio. En sus férreas ruedas

el saurio de hierro se instaló apuntando hacia las velas francesas.  
Esa era su victoria. Algunos hicieron una pausa para mirar la espuma  
que encadenaba las negras rocas debajo de ellos, y pensaron en sus hogares.

Fue entonces cuando el pequeño almirante con una nube  
sobre su cabeza rebautizó a Afolabe con el nombre de “Aquiles”,  
quien, para no complicar las cosas, dejó que lo llamaran así. ✽

• *Omeros*, el extenso poema de Derek Walcott, está por aparecer en la editorial Anagrama, en versión española de José Luis Rivas.